



EL NACIMIENTO
DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO
(Coloquio tercero de la obra *La Infancia*
***de Jesús*, de Gaspar Fernández y Ávila)**

Adaptación: José M^a Alonso Gordo

VALVERDE DE LOS ARROYOS

Personajes:

La Virgen María: _____

San José: _____

Arcángel Gabriel y música: _____

Jusepe: _____

Rebeca: _____

Isaac: _____

Jacob: _____

Hombre 1º: _____

Mujer 1ª: _____

Hombre 2º: _____

EL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

ESCENA PRIMERA. EN EL CAMPO.

(Música: Romance de la loba parda)

(Salen Isaac y Jacob).

- Isaac.** Pues Jacobo, ¿qué tenemos de Jusepe el enojao?
- Jacob.** Apenas llegué á su casa, cuando salió con un palo, y quiso darme con él, diciéndome oprobios tantos, que no pude reucillo á que viniese al ganao.
- Isaac.** ¿Y en qué se funda ese tonto?.
- Jacob.** En que allá se le ha encajao en su meollo brutal, que si se viene al rebaño, le han de cortar la cabeza; y no hay quien pueda apeallo de esta pítima que tiene: su maire por descontaio le pegó una linda soba, y él tomó la calle abajo: viendo esto ansí, lo que hice, jué venirme como un rayo.
- Isaac.** ¡Qué inocencia de zagal!
¡el rumor que le ha causao el edicto del imperio!
y es que el pobrecillo ganso, como es tan cerril, no entiende si no es la parla del campo; él oyó encabezonar, y como no está limao, le pareció que era esto echar la cabeza abajo; y por eso el inocente teme venir al rebaño.

Yo abajaré allá a la aldea,
veré si puedo engañallo,
porque jace mucha falta
para andar con ese jato.

Jacob. En balde el viaje das,
porque es simple rematao,
y como también se junta
el tener tan pocos años,
el respecto y atenciones
ni aun los ha visto pintaos:
es como el otro que ijo,
jabrando en lenguaje llano:
quien con los niños se acuesta,
amanece acomoao:
él allá se las jarrée,
que yo me retiro al rancho.

(Vásen por la izquierda y salen por otra parte José y Rebeca.

Rebeca. ¿Por qué no quieres, Jusepe
cuentarme aquella tragedia ,
que el rabadán a la lumbre
allá de noche te cuenta?

Josepe. No te icho que no pueo,
no seas tan matraquera;
si la pudiera decir,
¿á quien mejor que á ti mesma?.

Rebeca ¿Por qué no puees decilla?
¿no me ijisle allá en la aldea,
que tenías que cuentarme
una historia que embelesa
los sentidos corporales
de nuestra naturaleza?
pues dímelá, que yo quiero
embelusar mis potencias.

Josepe Si toito me trabuco,
y me se traba la llengua,
¿cómo te la he de contar?
tiene tantas menuencias

la pícara de la historia,
que era menester tovier
las letras tan remenuas
como aquel pozo de cencia
de mi mayoral Isacio,
que rellata que revienta;
si tú lo oyeras jabrar
una práctica muy seria,
embelesáa te queáras,
y la boca te se abriera,
porque ice tantas cosas
que pasaron en la tierra
allá en los tiempos de entonces,
cuando nuestra maire Eva
salió de un güeso de Adan;
y aquello de la cullebra,
que á too el mundo perdió,
siendo un boca la presa,
que te aseguro, zagala,
cuando el rabaán nos cuenta
estos sucesos, estamos
toos con la boca abierta:

Rebeca. Cuéntala como pudieres,
y sea en cualquier manera.

Josepe Pus abre toa la boca,
y ansina estarás atenta.
Habrás de saber, zagala,
como el Dios que nos sustenta,
dempués de estarse infinitos
siglos en su mesma esencia
sin comunicarse á naide,
porque naide había en la tierra,
ni aun la tierra, ni en el cielo
determinó, porque era
de su agrao, hacer el hombre,
y tomando de la tierra
una miaja de barro,
lo formó, sin que tuviera
en esto molestia alguna:
jízolo, y jué de manera,
que debo decir: echó

del resto su onipotencia,
Dióle nombre, que jué Adan,
y para su convenencia,
porque no estuviese solo
gozando de una vivienda,
determinó su Bondá
dalle, sin que él lo sabiera,
pa él una compañera:
de su cuelpo una costilla,
se jalló jecha y derecha
una moger muy bizarra,
muy jermosa y muy perfleuta;
ansí que Adan dispertó,
y miró aquella doncella,
le agráo tanto, que ijo:
vengáis muy en hora güena
hueso de mis propios huesos,
carne de mi carne mesma:

Rebeca. Y dime, Jusepe, ¿y qué
diescendemos toos de Eva?

Josepe. Aquesa es nuestra desgracia,
que por diescender de ella,
la cosa mala que jizo,
la tenemos siempre á cuestas.
Estaban dambos en cueros,
y no tenían vergüenza;
pero en fin era inocencia
el estar ansí en pelota,
y lo mijor de esta cuenta
era no tener ni frío,
ni calor, aunque les diera
el sol, la luna o el aire:
ni naide les ofendiera,
si no hubiera socedió
aquella fatal trageria,
jechura del mesmo diablo
más sabio que la cullebra:
metióse en esta alimaña,
y jué en hora tan adversa,
que engañó como más frágil
a la moger (siempre quiebra

la sogá por lo delgao)
y jué el causo, que en la huerta
donde estaban, sigún dicen,
había una gran higuera,
ó un camueso, y el Señor
por conocer su obediencia
les dijo que no comiesen
ni un gigo, ni una camuesa.
El diablo lleno de envidia
se allegó á la maire Eva,
(que ansí se llamó Virago),
y le ijo que comiera
de aquel árbol prohibío,
y sería entonces ella
una diosa sabihonda.
La tonta se lo creyó,
y se engulló su camuesa.
Y la golosa, al marío
se jué arrestáa y resuelta
a obligallo con jalagos
a que la fruta comiera;
el simple, aunque tan sabio
tuvo poca resistencia,
pues apenas le rogó,
se jizo too una breva:
si Adán hubiera tenío
calzones, no la comiera;
tragó la fruta el simplón
porque le rogaba Eva.
Apenas se la engulló
el probe Adán, cuando apenas
se vió desnudo, infeliz,
probe, lleno de miserias,
por lo pronto echaron mano
de unas hojas de giguera,
y se taparon sus carnes,
porque les dió tal vergüenza
de verse en cueros, que huyendo
no acertaban él, ni ella
donde meterse. El Señor,
que vió tal inobediencia,
se vino paso entre paso
buscándolos, porque vieran

su desengaño; los llama,
y ellos llenos de pereza,
temerosos rehusaban
que los viese su eminencia.
Ella la muy relamía
percura el echarse juera,
diciendo que la engañó
la serpiente, la culebra.
Por remate el Paire Santo,
viendo tan grande insolencia,
á la culebra maldijo
que anduviese por la tierra
arrastrando. A la moguer
la castigó á estar sujeta
a su marío, y que siempre
toos los jijos pariera
con fuertísimos dolores.
Los echó del paraiso,
y que nunca más golvieran
a pisallo; para esto
puso en él de centinela
un querubín con su espada.
Por último, en pocos años
se jué poblando la tierra,
pues entonces las mogueres
parían como conejas.
Hubo algunos entripaos
en esta primera era,
pues Caín amotinao,
rabioso como una fiera,
a su hermano Abel mató
dizque jué sobre una ofrenda
que a Su Magestá jicieron.
Él de andar tras del arao,
ella del juso y la rueca,
y dambos de tener jijos
con mui pocas convenencias,
dempués de haber ya vivío
tantos años en la tierra,
pus dizque Adán ya contaba
los novecientos y treinta,
se les allegó la muerte,
que Dios les dió por herencia,

cuando les dijo enojao,
porque comieron camuesas:
in pulviren reventeris.
Muertos pues Adán y Eva,
brujulearon sus nietos
de Dios una gran plomesa,
y jué, que había de enviar
su mismo Jijo á la tierra,
para borrar el pecao
de Adán, y las culpas nuestras.
En efleuto el rabadán,
como es un pozo de cencia,
dizque ya no taldará
en cumplirse esta plomesa,

(Dentro ruido),

¿Qué ruido será este?

Rebeca. Dios me valga y me defienda.

Josepe. Por mi vida que ha de ser,
o alguna ánima en pena,
o algun bigotón de aquellos
de las alabardas tiesas:
de esta vez somos perdidos,
ahora nos descabezan.

Rebeca Ay, que es un armao; voime
de correndillo á la aldea.

(Váse corriendo Rebeca y José va a hacer lo mismo, tropieza y cae, y sale Isaac disfrazado de soldado romano con sable en mano, bigotes postizos, y José tiembla al verlo).

Isaac. Disfrazado de uniforme,
y con la espada en la mano **(Aparte.)**
he de fingir a este simple,
que vengo á descabezallo.

Josepe. ¡Ay madre del alma mía, **(llora)**
que me mata este gavacho!
¿no habrá quién me favorezca?

Isaac. Dime, cobarde villano.

- Josepe.** No me mate osté por Dios.
- Isaac.** Calla, simple, mentecato,
que ahora me las pagarás,
por venirte del ganao.
- Josepe.** ¡Ay señor, yo le imprometo
gol verme á el de contaio,
déjeme por vía suya,
porque ya me está finando.
- Isaac.** ¿Qué es dejarte? la cabeza
ha de caer, gran bellaco,
si no me dices muy pronto,
porqué abandonaste el jato.
- Josepe.** Yo lo diré á somercé. **(Como turbado)**
¡Ay que está descojonao!
- Isaac.** Acaba, simple, responde,
ó mueres aquí á mis manos,
¿por qué te has venío? dime.
- Josepe.** Me vine paso entre paso, **(Como turbado).**
me vine..., porque me vine:
me vine...yo está turbao,
¿sabe osté, por qué vine?
porque el tiempo está pesao,
y osté... si me diera escape,
me juyera como un gamo.
- Isaac.** ¿Todavía no me has dicho
porqué dejaste el rebaño?
- Josepe.** Porque lo ejé, y me vine,
y agora lo mesmo jago. **(Vase y le detiene).**
- Isaac.** ¿Quiés irte sin responderme? **(Muy airado).**
- Josepe.** Ea, no juegue de manos,
que eso está mal pareció
en los señores armaos;

acábese esta pendencia,
y vamos aquí apostando
á cual corre más ligero:
osté irá por ese lao,
y yo por este.

**(Hace que se va, y muy enojado
le detiene y le dirá):**

Isaac Detente,
si ya no quieres ser pasto
de las aves de ese cielo.

Josepe. No me dé osté esos gritazos,
que no semos aquí sordos.

**(Se acerca á Isaac,
y con blandura le dirá):**

Pregunto, señor armao,
¿es conmigo esta quimera?

Isaac. ¿Con quién ha de ser, villano?

Josepe. ¿No pudiera osté reirse,
y no estar tan enojado?

Isaac. Mas me irrita tu simpleza.

Josepe. Pus eso está remediao;
por no irritalle me voy.

Isaac. ¿Adónde quiés ir?

Josepe. A mi casa como un rayo
á muarme de gregüescos.

Isaac. Pues te prevengo que al jato,
has de golver prontamente,
porque si no, gran villano,
poco será tu cabeza.

Josepe. No señor, tendré cudiao
de irme al punto como un trueno,
en estando, ya muao,
de gregüescos y polainas.

Isaac. Pues mira que te hago cargo,
de esa palabra, ten cuenta
de no hacerme algún engaño,
porque al instante este acero
vengará tan vil agravio. (Vase)

Josepe. ¡Con una legión de pipas
vaya el bigoton armao,
y acá no vuelva! ¿qué tal?
parece que nos burlamos,
y decía allá mi gente
que era chasque lo del bando:
vamos en fin a la aldea,
no sea que este borracho
vuelva, y el diablo lo tiene
a dejarme descabezao. (Váse)

ESCENA SEGUNDA. DE CAMINO

(Música: Camina La Virgen.)

(Salen por otro lado la Virgen y S. José de camino).

S. José. Ya gracias a Dios estamos
en la ciudad de Belén,
si os parece, amado bien,
por sus calles discurremos,
por ver si acaso encontramos
algún pariente o amigo,
que nos franquee algún abrigo
en tan prolija ocasión.
Lo riguroso del hielo
nos trata con inclemencia,
mas busquemos la clemencia
si hay alguna acá en el suelo:
quiera Dios darme el consuelo
de hallar alguna posada
que daros, María amada,
pues me causa gran dolor,
siendo Madre del Señor,
miraros tan fatigada.

María. Si es voluntad del Señor
que así los dos padezcamos,

unánimes le sirvamos
con paciencia y con amor.
Tened, mi José, valor
para llevar el nevado
rigoroso tiempo helado,
y sea vuestro consuelo
que todo lo ordena el cielo;
bendito Dios, y alabado.

S. José. Yo quiero llegar, Señora,
á esta casa de un pariente, -
para ver si encuentro en ella
que daros algún albergue,
porque os veo cerca al parto,
y el corazón se entenece,
viendo ni siquiera tengo
el rinconcillo más leve:

María. Llegad, venerado esposo,
á ver si Dios halla albergue
en sus mismas criaturas,
a quien crió omnipotente.

**(Llega S. José á un lado, y llama,
y un hombre con voz áspera
desde adentro responde)**

S. José. A Dios gracias.

Hombre 1. ¿Quién?

S. José Amigo,
quieres dar a un pobre huésped
peregrino una posada?

Hombre 1. Hermano, por la presente
no puedo darle acogida.

S. José. Mira, que soy tu pariente
José de la estirpe regia
de David, aunque me niegues.

Hombre 1. Muy poco me importa sea,
como dice, mi pariente;
lo cierto es, que en mi casa

no le puedo dar albergue,
y así debe retirarse,
que eso es lo más conveniente,
y no inquietar dando golpes
en horas que todos duermen.

**(Vase. Apártase S. José, y
llorando dice lo siguiente).**

María. Vamos, esposo, a otra parte
y no así te desconsueles,
que esto permite el Señor,
porque a los dos nos conviene.

S. José. Mi conformidad adora
del cielo tan sacrosanto
permiso, pero el quebranto
indispensable, Señora,
Vamos con Dios, llegaremos
a llamar en esta puerta,
que es de otro deudo por ver
si hallamos en él clemencia.

(Llama en medio).

Amigo, un pobre afligido
tienes humilde a tus puertas
con una muger de parto,
quien por Dios te pide y ruega
le des posada esta noche;
bien ves la grande inclemencia
de los hielos y los fríos:
hacedlo por vida vuestra.

**(De adentro responde uno
con voz áspera).**

Mujer 1^a. Mire pues con lo que viene,
¿habrán visto friolera
como ella, en tales horas
quebrándonos las cabezas
con golpes tan importunos?
¿qué presente o encomienda
nos trae el bueno del hombre?
Ea, vaya a la otra puerta,
hermano, y mejor sería
cesara de dar molestia
al vecindario en las horas
que se descansa y sosiega.

S. José. Yo soy José tu pariente,
tan pobre, que es una azuela
carpintera mi caudal,
esta sangre de mis venas
es la tuya, ten piedad
de quien te lo pide y ruega.

Mujer 1ª. ¿Mi pariente dice que es?
¡qué suposición tan necia,
tan impertinente y falsa!
pues cuando lo conociera
por tal, no sería entonces
de tan infeliz esfera,
grosero, importuno y pobre.

S. José. No es deshonra la pobreza,
cuando Dios sabio y benigno
es quien dispone y ordena
distribuirla en quien gusta,
lo mismo que la riqueza.
Este Dios es quien te pide,
que te muevas á clemencia.

(Responde enfadado).

Mujer 1ª ¿No he dicho que se vaya?
retírese con presteza,
y déjese de argumentos,
arrogancias y soberbias,
que si me enfada, saldré,
y con su propia muleta
le enseñaré á moderarse
para llegar a mis puertas.

(Apartase).

S. José ¡O Dios sacro omnipotente!
¿qué no hay quien te dé acogida?
¿el hombre, a quien das la vida,
tan altivo é insolente
está contigo? ¡oh paciente
dulcísimo dueño mío!
en vos, gran Señor, confío,
perdonad a este tirano
corazón duro e inhumano,
rebelde, ingrato é impío.

Vamos de aquí, gran señora,
a casa de un poderoso
que me conoce, por ver
si hallamos en él socorro,
que os veo tan cerca al parto
del Dios todopoderoso,
que quisiera ya estuvierais,
aunque fuera en sitio corto,
recogida y abrigada,
y no andando de ese modo.

María. José, venerado esposo,
no os aflijáis, que el Señor
ha de mirar por nosotros.

**(Llama S. José al fin del vestuario,
y uno con voz agria le responde).**

Hombre 2. ¿Quién está ahí?

S. José. Un José
pobre, afligido y lloroso,
que camina con su esposa,
y te pide por socorro
le des posada esta noche,
que el cielo está riguroso
con el hielo y con los fríos.

Hombre 2. ¡Miren que bravo reposo!
¿es este mesón, hermano,
para venir de ese modo
pidiendo le den posada?
váyase de ahí muy pronto.

S. José. ¿No conoces a José?

Hombre 2. Ni saber quiero tampoco
quien es José ni su esposa:
¿habrán visto más gracioso
lance? váyanse de ahí,
que tal gente no conozco.

San José. Mira, que Dios te lo ruega.

Hombre 2. Hombre, no sea enfadoso,

déjese de porfiar.
Si quieres un albergue propio
para pobres como él,
omita esos alborotos,
vaya fuera de Belén,
y hallará un portal angosto
medio hundido, allí podrán
hospedarse.

S. José. ¡Sacro asombro!
¿cómo permites, Señor,
de un barro, de un frágil polvo
tanta ingratitud tirana,
cuando vos con tan piadosos
afectos a redimirle
del cautiverio horroroso
de la culpa venís hoy,
y a librarle del Demonio?

Música. El cielo así lo dispone,
y hará que los hombres todos
la pobreza y humildad
estimen en grado heroico.

S. José. Benditos sean, Señor,
tus juicios asombrosos!
Vamos, esposa querida,
(Mira á la Virgen, y ambos lloran).
vamos a ese portal corto,
que el cielo así lo permite
para ejemplo milagroso
de los soberbios del mundo.

María. Vamos pues amado esposo. **(Vanse).**
Más en un portal derribado
quiere el todopoderoso
nacer para confundir
la soberbia del Demonio.
(Música: Camina la Virgen, segunda parte)

ESCENA TERCERA. EN EL CAMPO

(Salen Isaac y Jacob
con mantas abrigados.)

Isaac. ¡Qué fría que está la noche!

Jacob. Aunque he estao arrebujaio
con la manta no he podio
entrar en calor ni un rato.

Isaac. En los años que he viviío,
no me acueldo haber pasao
noche más güena de frio.

Jacob. El tiempo está adelantao.
Y dejando uno por otro,
¿por qué no vino el muchacho?

Isaac. Eso ¡es largo de contar!
si vieras que lindo chasco
ha llevao el pobrecillo:
Luego que allegué á la aldea,
supe que estaba en el campo
con su helmana, y la jortuna
me deparó allí un armao
que marchaba hacia Belén;
le pedí su vestuario,
y al punto me lo prestó;
pusémelo, y disfrazao,
con mis bigotes postizos,
me partí para buscallo;
salí al campo, y el simplón
que estaba tan descudiaio,
ansi que me vio, turbóse
de tal suerte, que temblando
no articulaba palabra,
tal estaba amedrentao: .
su helmana púo escaparse,
él no acertó a dar un paso;
tan cortao estaba el probe,
pus pensó que era un armao
de los que vió allá en Belén,
que venía á escabezallo:

- Jacob.** ¿Y adonde te lo has dejao?
- Isaac.** A su casa jué á vestirse,
no tardará, como un rayo
vendrá echando chirivitas.
- Jacob.** ¡Qué güen chasco le has pegao!
Cualquier cosa hubiera dao
por haber visto ese lance.
(Josepe da voces dentro).
- Los 2.** El zagal suena en el prao.
- Josepe.** Tio Isacio, ¿dónde está osté?
- Isaac.** Aquí estamos, aquí estamos.
- Josepe.** ¿Adonde?
- Isaac.** En la lomilla,
sube el repecho volando.
(Sale Josépe liado con manta).
- Josepe.** Buenas noches, caballeros.
- Los 2** Qué mozo vienes, que bravo.:
- Isaac.** ¿Y tu gente?
- Josepe.** Allá quearon.
- Isaac.** Hombre, ¿para qué has venío
en esta noche al ganao
con unos fríos tan grandes?
- Josepe.** De allá salí bien trempano,
pero me cogió la noche
abajote junto al prao,
como jacía tanto hielo,
fice candela, y al raso,
sin poerlo remediar,
me dolmí como un capacho.
- Isaac.** Capaz eres de dormir

sobre un alfange afilao:
pensaba que no querías
golver más con el ganao.

Josepe. Por poquito allá me queo
para siempre sepultao.

Jacob. ¿Has estao malo, di?

Josepe. Peor, que he estao encantao.

Jacobo. Encantao: ¿pues cómo es eso?

Josepe Eso píe más espacio:
si hay cachorreñas o migas,
o alguna cosa, comamos
porque traigo muncha jambre.

Isaac. No están hechas.

Josepe. Pues bebamos,
por si entramos en calor:
que de frío estoy temblando.

(Sacan la bota)

Josepe. Ea, señores, yo brindo
á la salud de un cuitao,
que era yo, porque me libre
su Magestá de un gavacho
que quiso de mi burlarse:

Jacob. Hola, digo,
que te la empinas, borracho.

Josepe. Quítate allá, que esta noche
pardiez, si yo no me engaño,
es la noche de la cosa.

Isaac. ¿Por qué lo ices, muchacho?

Josepe. Porque yo no sé qué tengo,
tengo un alegrón tamaño "
en mi alma y en mi cuelpo,
que no pueo desechallo:
quita que voy á beber.

(Empina é Isaac se la quita).

Isaac. Jusepe, no seas borracho,
el alegrón que tú tienes,
es lo que vas empinando.

(Isaac bebe, y da la bota á Jacob),

Jacob. No se puee á los muchachos
dar vino para que beban.

Josepe. Mirad, ¿qué jaceis paraos?
vamos á migar el pan.

Jacob, Pues bien, los dos migaremos,
trae tú la sartén del rancho.

(Hacen las migas)

Jacob. ¿El zagal no está perdío
con el vino que ha empinao?
y más que bebió muy poco.

Isaac. En estando uno borracho.
le temo como a la muerte:
temblando estoi del muchacho;

(Sale corriendo Josepe con la sartén)

Josepe. ¡Ay tio Isacio! una pantasma
viene revoleteando

(No hacen caso, y siguen migando).

Isaac. Calla, tonto, eso es el vino.

Josepe. ¿No me crees?

Isaac. No te creo.

**(Al son de instrumentos baja de pronto San
Gabriel, y los dos sueltan el pan, y tiemblan, y
José burlándose de ellos dice:).**

Josepe. Ya está aquí: bien empleado,

S. Gabriel. Mirad, pastores dichosos,
que no intento amedrentaros,
pues soy ángel del Señor
que vengo á evangelizaros
el mayor gozo del mundo,
y es, que tenéis humanao
á Dios, que para vosotros
hoy ha nacido: alegraos,

En la ciudad de David
tenéis á este Dios sagrado;
la señal que os doy es esta:
hallareis en un establo,
envuelto en pobres pañales,
un infante soberano:
id á adorarle, pastores.

**(Vuelven en sí los pastores atónitos,
y José les dice:)**

Josepe. Digo: ¿estaba yo borracho?

Isaac Dejad las migas, y toos
vamos á ver ese pasmo.

Jacob. Advierto á ostéés, caballeros,
que delante de Dios vamos,
y asi tener gran respeto
á un Señor tan soberano.

Josepe. Hola, igo, ¿y no se lleva
á ese niño algún regalo?

Isaac. Razón es que se le lleve,
y ansi será muy del causo
se le presente manteca,
miel y un cordero trempano.

Josepe. Y también los istrumentos
músicos para alegrallo;
yo llevaré la zambomba,
las castañetas Isacio,
y Jacobo las sonajas.
Y mientras, vamos tocando.

(Tocan, y vánse bailando)

ESCENA CUARTA. EN EL PORTAL

**(Descubrese el portal. Estará el Niño
en un pesebre adornado, y con sus
pajas, envuelto en sus mantillas,
y á los lados la Virgen y San José)**

(Música: Camina la Virgen, tercera parte)

- María.** ¡Hijo de mi corazón!
¿es posible, dueño mío,
que siendo tan poderoso,
os veáis tan abatido?
- S. José.** ¡Oh Dios del inmenso amor,
humanado, y abatido
a la humildad y pobreza,
a la inclemencia, a los fríos!
¡Benditos sean mil veces
tus arcanos tan benignos!
¿Es posible, gran Señor,
que tu amor tan excesivo.
por salvar á los mortales
no me haya concedido
siquiera labrar la cuna,
por daros algún abrigo?
**(Suenan instrumentos pastoriles, y
salen los pastores con los presentes)**
- Isaac.** Colad tras mí, compañeros:
este sin duda es el Niño.
- Jacob.** Válgame Dios, que jermoso!
no he visto Niño tan lindo.
- Josepe.** Voto a Dios que es mi tocayo
el paire del chocorrito.
- Isaac.** Cudiao no te se vaya,
Jusepe, algún desatino.
- Josepe.** Yo me alegro, tío Jusepe,
que lo haya Dios escogío,
para que sea su paire.
¡Qué bonito es el choquito!
¡bien haya quien lo parió!
- Isaac.** Él dirá mil desatinos:
mira que es Dios, mentecato.
- Josepe.** Pues miren también la maire
que rostro tiene tan lindo;
me alegro haya usted salío

con toa felicidad
de la parición del niño;
quiera Dios lo vea osté
jaciendo como imagino .
a too el mundo mercées,
que para eso ha venío.

Jacobo. ¿No ves, que despelotao
está nuestro Jusepillo?
miren también como sabe
el tontillo hacer complíos.

Josepe. ¿Y qué jacemos paraos?

Isaac. Ten un poquito de juicio.

Josepe. Agora será del caso
que cada uno á mi niño
le iga de su caletre
alguna copra, ó dijío:

Isaac. Pus allá voy, caballeros.
Aunque te veo tan niño,
en este humilde pesebre
del Paire Eterno eres jijo

Jacob. A conquistar bajastes
toas las almas,
para reinar en ellas,
pero sin armas:
porque yo digo,
que hará juir tu nombre
al enemigo.

Josepe. Agora me toca a mi:
por lo pronto a mi Niño
he de endilgar dos coprillas,
atención que ya las digo,
escuche osté, tio Josepe,
que está osté medio dormío.
Y nosotros los primeros
somos llamaos
para mirar a Dios,

pero humano:
porque tú quieres
darnos la primacía
por ser probetes.
Ya que tamaña dicha
los tres tenemos,
encajanos, mi niño,
allá en los cielos,
porque se diga,
que los que acá te ven,
allá te admiran.

Isaac. Dulce pastor de las almas
perdonadme que atrevió
os ofrezca este presente
de miel, y con él rendió
mi corazón, que os venera
como a mi Dios infinito.

Jacob. ¡Pruigioso Niño Dios!
postrao á tus pies benditos
tenéis un humilde esclavo
deseoso de serviros:
Perdonadme, que os ofrezca,
en señal de mi cariño,
este tarro de manteca,
que aunque no es presente diño
de tu grandeza, á lo menos
es don sinificativo
de que sabrás reprobar
en habiéndola comío
too lo que juere malo.
Por lo tanto te soprico,
que a mí me jagais un santo,
para que sea eligió.

Josepe. ¿Qué tal le parece á ostees?
miren Jacob que llocío
ha escapao: no creyera,
si yo no lo hobiera oío,
que tales cosas dijera
un hombre tan encogío.
Ea, ajuera, rancho á parte,

porque agora yo me sigo.

(Arrodíllase).

Primeramente os soprico
me libreis de los armaos,
de aquellos hombres malinos
de los bigotes tan largos,
que no se topen connigo,
y me corten la cabeza:
Tio Jusepe, el ojo alerta:
Mire osté, que se lo aviso.
Por lo que toca al regalo,
aquí está este corderillo,
flaquillo está, pero al fin
algo es algo, no es malito,
más dá el duro que el desnudo;
si juera el rebaño mío,
el manso con su cencerro
volando hubiera venío,
á bien que Vos sois el manso,
el pastor, el corderito,
y nosotros los carneros:
apacentadnos, Dios mío,
mientras en el mundo estemos,
con tu gracia, y tus auxilios,
para que en saliendo de él,
demos un valiente brinco
á la gloria donde reinas
por los siglos de los siglos.

María

Yo os agradezco, pastores,
el obsequio que á mi hijo
habéis hecho: conoced,
que entre todos habéis sido
los primeros, que humanado
en este mundo lo han visto;
estimad tan gran merced,
no olvidéis tal beneficio,
sed buenos en vuestra vida,
sirviéndole muy rendidos,
amándole en vuestras almas,
que siendo franco y benigno,
os llenará de su gracia,
y de bienes infinitos. **(Música)**